

qué decían estaban bien dichas, por si se hubiesen perdido. Si tampoco me diere el Señor esto, con cansarme y acrecentar el mal de cabeza, por obediencia, quedaré con ganancia, aunque de lo que dijere no saque ningún provecho. Y así comienzo á cumplirla hoy día de la Santísima Trinidad, año de 1577, en este monasterio de San José del Carmen de Toledo, adonde al presente estoy; sujetándome en todo lo que dijere al parecer de quien me lo manda escribir, que son personas de grandes letras. Si alguna cosa dijere, que no vaya conforme á lo que tiene la Santa Iglesia Católica Romana, será por ignorancia, y no por malicia. Esto se puede tener por cierto, y que siempre estoy y estaré sujeta por la bondad de Dios, y lo he estado á ella. Sea por siempre bendito, amen, y glorificado.

2. Díjome quien me mandó escribir, que como estas monjas de estos monasterios de nuestra Señora del Carmen tienen necesidad, de quien algunas dudas de oración las declare, y que le parecía, que mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras, y con el amor que me tienen les haría más al caso lo que yo les dijese, tiene entendido, por esta causa, será de alguna importancia, si se acierta á decir alguna cosa, y por esto iré hablando con ellas en lo que escribiere: y porque parece desatino pensar que puede hacer al caso á otras personas: harta merced me hará nuestro Señor, si á alguna de ellas se aprovechara para alabarle algún poquito. Mas bien sabe su Majestad, que yo no pretendo otra cosa: y está muy claro, que cuando algo se atinara á decir, entenderán no es mio, pues no hay causa para ello, si no fuere tener tan poco entendimiento como yo habilidad para cosas semejantes, si el Señor por su misericordia no la da.

PRIMERAS MORADAS.

CAPITULO I (1).

En que se trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas: pone una comparación para entenderse, y dice la ganancia que es entenderla, y saber las mercedes que recibimos de Dios, y cómo la puerta de este Castillo es oración.

1. Estando hoy suplicando á nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba cosa que decir, ni cómo comenzar á cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento; que es, considerar nuestra alma, como un castillo todo de un diamante, ó muy claro cristal, á donde hay muchos aposentos; así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sinó un paraíso, adonde dice Él tiene sus deleites. ¿Pues qué tal os parece que será el aposento adonde un rey tan poderoso, tan sábio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, á comprenderla; así como no pueden llegar á considerar á Dios, pues Él mismo dice, que nos crió á su imágen y semejanza.

2. Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura de este castillo; porque puesto que hay la diferencia de él á Dios, que del Criador á la criatura, pues es criatura, basta decir su Majestad, que es hecha á su imágen, para que podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. No es pequeña lástima y confusión, que

(1) Hay en el original una línea borrada.

por nuestra culpa no entendamos á nosotros mismos, ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen á uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fué su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparacion es mayor la que hay en nosotros, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sinó que nos detenemos en estos cuerpos, y así á bulto (porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe) sabemos que tenemos almas; mas qué bienes puede haber en esta alma, ó quién está dentro en esta alma, ó el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos, y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo este nos va en la grosería del engaste ó cerca de este Castillo, que son estos cuerpos.

3. Pues consideremos, que este Castillo tiene, como he dicho, muchas Moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras á los lados y en el centro, y mitad de todas estas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vayais advertidas á esta comparacion; quizá será Dios servido pueda por ella daros algo á entender de las mercedes que es Dios servido hacer á las almas, y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo hubiere entendido que es posible, que todas será imposible entenderlas nádie, segun son muchas, cuanto más quién es tan ruin como yo. Porque os será gran consuelo, cuando el Señor os las hiciere saber, que es posible; y á quien no, para alabar su gran bondad: que así como no nos hace daño considerar las cosas que hay en el cielo, y lo que gozan los bienaventurados, ántes nos alegramos, y procuramos alcanzar lo que ellos gozan; tampoco nos hará ver que es posible en este destierro comunicarse (1) un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor, y amar una bondad tan buena, y una misericordia tan sin tasa.

4. Tengo por cierto, que á quien hiciere daño entender, que es posible hacer Dios esta merced en este destierro, que estará muy falta de humildad y del amor al prójimo, porque si esto no es, ¿cómo nos podemos dejar de holgar de que haga

(1) *Comunicarse*, parece que dice.

Dios estas mercedes á un hermano nuestro, pues no impide para hacérselas á nosotras, y de que su Majestad dé á entender sus grandezas, sea en quien fuere? Que algunas veces será sólo por mostrarlas, como dijo del ciego que dió vista, cuando le preguntaron los Apóstoles, si era por sus pecados ó de sus padres. Y así acaece, no las hacer por ser más santos á quien las hace, que á los que no, sinó porque se conozca su grandeza, como vemos en San Pablo y la Magdalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas.

5. Podráse decir, que parecen cosas imposibles y que es bien no escandalizar los flacos. Méenos se pierde en que ellos no lo crean, que no en que se dejen de aprovechar á los que Dios las hace; y se regalarán y despertarán á más amar á quien hace tantas misericordias, siendo tan grande su poder y majestad. Cuanto más, que sé que hablo con quien no habrá este peligro, porque saben y creen, que hace Dios aún muy mayores muestras de amor. Yo sé, que quien esto no creyere, no lo verá por experiencia; porque es muy amigo de que no pongan tasa á sus obras; y así, hermanas, jamás os acaezca á las que el Señor no llevare por este camino.

6. Pues tornando á nuestro hermoso y deleitoso Castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algun disparate; porque si este Castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues sé es el mismo: como parecería desatino decir á uno que entrase en una pieza, estando ya dentro. Mas habeis de entender, que va mucho de estar á estar, que hay muchas almas que se están en la ronda del Castillo, que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saber qué hay en aquel tan precioso lugar, ni qué piezas tiene.

7. Ya habreis oído en algunos libros de oracion aconsejar á el alma, que éntre dentro de sí; pues esto mismo es. Decíame poco há un gran letrado, que son las almas que no tienen oracion, como un cuerpo con perlesía ó tullido, que aunque tiene piés y manos, no los puede mandar; que así son, que hay almas tan enfermas, y mostradas á estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias, que están en el

cerco del Castillo, que ya cási está hecha como ellas: y con ser de natural tan rica, y poder tener su conversacion, no ménos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estátuas de sal, para no volver la cabeza hácia sí, así como lo quedó la mujer de Lot por volverla.

8. Porque á quanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este Castillo, es la oracion y consideracion: no digo más mental que vocal, que como sea oracion, ha de ser con consideracion; porque la que no advierte con quién habla, y lo que pide, y quién es quien pide, y á quién, no la llamo yo oracion, aunque mucho menée los lábios; porque aunque algunas veces sí será aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras: mas quien tuviese de costumbre hablar con la Majestad de Dios, como hablaria con su esclavo, que ni mira si dice mal, sinó lo que se le viene á la boca y tiene deprendido, por hacerlo otras veces, no la tengo por oracion, ni plega á Dios que ningun cristiano la tenga de esta suerte; que entre vosotras, hermanas, espero en su Majestad no lo habrá, por la costumbre que hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad.

9. Pues no hablemos con estas almas tullidas que si no viene el mismo Señor á mandarlas se levanten, como el que habia treinta años estaba en la piscina, tienen harta mala ventura, y gran peligro sinó con otras almas, que en fin entran en el Castillo; porque aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos, y alguna vez, aunque de tarde en tarde, se encomiendan á nuestro Señor, y consideran quién son, aunque no muy despacio, alguna vez en un mes rezan llenos de mil negocios (el pensamiento cási lo ordinario en esto) porque están tan asidos á ellos, que (como, adonde está su tesoro se va allá el corazon) ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento y ver que no van bien para atinar á la puerta.

10. En fin, entran en las primeras piezas de las bajas, mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni le dejan ver la hermosura del Castillo, ni sosegar: harto hace con haber entrado.

11. Pareceros há, hijas, que es esto impertinente; pues por la bondad del Señor no sois de estas. Habeis de tener paciencia, porque no sabré dar á entender, cómo yo tengo entendido algunas cosas interiores de oracion, sinó es así, y áun plega al Señor, que atine á decir algo; porque es bien dificultoso lo que querria daros á entender, si no hay experiencia: si la hay, vereis que no se puede hacer ménos de tocar en lo que, plega á el Señor, no nos toque por su misericordia.

CAPITULO II.

Trata de cuán fea cosa es un alma que está en pecado mortal, y cómo quiso Dios dar á entender algo de esto á una persona. Trata tambien algo sobre el propio conocimiento. Es de provecho, porque hay algunos puntos de notar. Dice cómo se han de entender estas Moradas.

1. Antes que pase adelante, os quiero decir, que consideréis, qué será ver este Castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas, que es Dios; cuando cae en un pecado mortal, no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más. No querais más saber, de que con estarse el mismo sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de Él, con ser tan capaz para gozar de su Majestad, como el cristal para resplandecer en el sol.

2. Ninguna cosa le aprovecha, y de aquí viene, que todas las buenas obras que hiciere, estando así en pecado mortal, son de ningun fruto para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de Él, no puede ser agradable á sus ojos; pues en fin, el intento de quien hace un pecado mortal no es contentarle, sinó hacer placer al demonio, que como es las mismas tinieblas, así la pobre alma queda hecha una misma tiniebla.

3. Yo sé de una persona, á quien quiso nuestro Señor mostrar, cómo quedaba un alma cuando pecaba mortalmente.